ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

UN CENTENARIO A DESTIEMPO

De marzo fue, hace veinticinco años y al redoble de los cañones con que quiso coronado su Vittoriale, la muerte del «Ariel armato», del «orbo veggente», del solitario de Gardone: aquel teatral Gabriele d'Annunzio cuya celebridad ecuménica y pintoresca, no fuera segunda a la que en su día conocieron un Byron, un Paganini, un Valentino. De marzo también, no precisamente en una nave —según daba a entender— sobre el Adriático «marissimo», sino en la abrucesa Pescara, había sido el nacimiento hace cien años cabales. Un centenario depara, por lo común, suficiente perspectiva —salvado el bache del olvido subsiguiente a los inciensos necrológicos— para establecer, en su medida justa, los valores del personaje conmemorado. Pero es regla que puede hallar excepción cuando el interfecto alcanzó respetable edad; y la tiene siempre, donde los contados años desde su muerte coinciden con un decisivo cambio en el gusto, en la problemática, en el concepto mismo del arte y de la sociedad, según se ha registrado, y por modo superlativo, desde aquel 1938 de la humillación de Munich y de la hora solar de Mussolini.

Mal cuarto de siglo, por tanto, para aquel general fenómeno europeo que había sido el dannunzianismo y para las fortunas literarias de su creador. Y si venimos al caso específico de Italia, no es para extrañarse que la doble conmemoración de hogaño encuentre a los espíritus un tanto fríos, cuando no abiertamente hostiles, Comprensible, pero a todas luces injusto. Sin duda, cuesta —máxime para un italiano— escindir en el personaje su catadura moral, y los principios políticos que encarnaba, de otras connotaciones indudablemente favorables; y aún ciñéndose a lo literario, tampoco resulta fácil abstraer de tanta hojarasca marchita los factores positivos. Que existen, y cuántos. Ferozmente hostilizado ya en vida (que es pensión de cuantos se imponen con éxito apabullante) y dueño casi absoluto de su época, cuando su astro tramontó las piedras parecían pocas para emparedarlo definitivamente, sea por parte de la orgullosa crítica crociana, sea por las escuelas de vanguardia. Y porque el dannunzianismo seguía subyaciendo en los modos y el ánimo del común de los italianos, más irritante había de resultar conforme los avatares bélicos y de la política acumulaban desventuras sobre el país y cuando la nueva hora del mundo cambiara de alto abajo los rumbos del arte y la sensibilidad de las gentes. Porque d'Annunzio, si muerto, seguía siendo un cadáver que abrasa: la mala conciencia de muchos, incluyendo no pocos que —desde la acera opuesta— le imitan sin saberlo. Y eso, difícilmente se perdona.

***Perdonándolo o no, nadie negará* a d'Annunzio la antena para percibir antes que nadie cuanto se fraguaba en su tiempo, acotado por el barbárico mundo *del Lumpenproletariat como por* los refinamientos de la «dolce vita», que todo cabe —con la fisiología de Zola y el destino lombrosiano, la delicuescenia *mística de los prerrafaelitas*, el simbolismo de Maeterlinck, la cristiana compasión de los eslavos, la barbárica sensualidad del superhombre nietzscheano— *en su arte*. Añadiendo el innegable estro poético, la exuberante riqueza de situaciones y de mitos, la voluntad de estilo, el sapientísimo empleo de la palabra. Que si un Verga, pongo por ejemplo de grandes, implanta el verismo sobre los rieles de la sintaxis dialectal, el abrucés lo reconstruye palabra a palabra, instaurando todo un vocabulario: como Flaubert, casi como Dante. Con él, la prosa italiana entra en mayor edad; como si, consolidada la unidad, las nuevas fronteras obligaran a una cristalización del espíritu, del verbo de Italia, libre ya de regionalismos e incertidumbres. Cabalmente, por obra de d'Annunzio y en méritos de su experiencia poética, de su enorme curiosidad intelectual, de su mística de la acción.**

Magnífico, verboso, sobreabundante, desmesurado siempre, mucho trabajo cuesta, y paciencia, andar mondándolo de lo trivial y caduco para dar con las gemas, con las ascuas que siguen abrasando (y que no son, por supuesto, «Le faville del maglio»; o «Il fuoco», o «L'innocente», salvo pocas e inmarcesibles páginas). Con la estatuaria antigua, gran parte de cuyo primor reside en la mutilación que le imprimieron la barbarie del tiempo y de los hombres, el destino de la obra dannunziana es conservarse mutilada, escamondada de sus falsedades. Y entonces, con las páginas que antes aludo podéis poner algo del «Irionfo della morte» y todo «Il piacere», on «La Leda senza cigno» y la «Contemplazione della morfe» y las prosas del «Notturno», o las tardías «Prose di ricerca, di lotta, etc.» Por no decir de su actividad teatral, de su obra poética, con el «Alcyone» en cabeza y no poco del «Laus vitae». No intentemos agotar en inventario. Tiempo dará este año conmemorativo para que —por encima de partidismos y reconcomios— resurja, resplandezca, el d'Annunzio vivo. — M.

SUDOR DE PIES

El sudor excesivo de los pies es causa de que se pudran los zapatos, los calcetines y las medias. Los pies se maceran, se hinchan y hacen imposible la marcha y hasta el permanecer de pie o calzado. Unas pinceladas con **PEATON LIQUIDO** lo corrigen haciendo agradable el andar, que es el ejercicio más sano. Venta en perfumerías y farmacias. Cuide sus pies con **Peatón** y... olvídese de sus pies

EN BUSCA DEL PORMENOR IGNORADO

CARTAS DE ANGEL GANIVET

Angel Ganivet fue un gran epistológrafo, sin propósito exclícito. Las mejores cartas, en tesis general, son las que se escriben sin pensar en su publicación; en tono expansivo y cordial como las de Angel Ganivet, escritor sin voluntad de crearse una firma o renombre literario. De todos es sabido que no buscó otra colaboración que la fácilmente hallada en el diario de su ciudad nativa, «El Defensor de Granada»; que así nacieron, en serie de artículos, «Granada la bella» y «Cartas finlandesas»; que su comunicación epistolar con los íntimos amigos y camaradas en «La cofradía del Avellano», tertulia ambulatoria, fue el más poderoso y constante estímulo de su pluma, y que cuando, cediendo a elementales y lógicas solicitaciones, pensó en hacer libros jamás tuvo presente el interés económico, ni, por tanto, experimentó la necesidad de la propaganda.

En definitiva, Angel Ganivet era un un escritor que aun cultivando, para renovarlos, distintos géneros, no se cuidó de las ventajas que pudieran proporcionarle la profesionalidad. De ahí que, dueño en absoluto de su tiempo y de su vocación puso en la correspondencia con los amigos, tan generosamente prodigada, su personalidad entera y verdadera, proyectando la sombra más auténtica de su ser, de sus reacciones ideológicas y sentimentales, de su vital anecdotismo en el ir y venir por el mundo.

El primero de los amigos de Ganivet que dio a la publicidad las cartas que de él recibiera fue Francisco Navarro Ledesma, que no figuraba entre los compañeros de la primera hora en Granada sino de la segunda, en Madrid, donde Ganivet hizo, entre otras, oposiciones a la carrera de archiveros y bibliotecarios, según creemos saber, con Navarro Ledesma, creándose entre los dos el vínculo de la fraternal amistad que sólo la muerte de Ganivet habría de romper. En el «Epistolario» que Navarro Ledesma sacó a la luz pública, la figura enigmática de Ganivet se perfila con los netos rasgos que sus contados grupos de lectores ignoraban todavía. Escritor muy subjetivo, Ganivet está en sus libros, pero más aún en sus cartas, deliberadamente ajenas a todo aliño o convencionalismo literario. Gracias al «Epistolario» lanzado por Navarro Ledesma, Ganivet fue más conocido de lo que sus artículos en «El Defensor» y sus libros, de muy corta difusión pudiesen permitirle, y con posterioridad, al margen de la creciente y fulgurante fama del creador de «Pío Cid», se publicaron otras cartas, íntegra o parcialmente, a diversos destinatarios, como las insertas en la revista «Helios» y, tiempo adelante, en «Los lunes del imparcial».

Pero la aportación más considerable para el mejor conocimiento de Angel Ganivet, epistológrafo, hay que buscarla en el libro que Nicolás María López formó con las cartas que Ganivet le dirigió en mayor intimidad aún, si cabe, que la manifestada en relación con Navarro Ledesma. Nicolás María López era amigo más antiguo que Navarro Ledesma, por tratarse, como paisano, desde la adolescencia, y Ganivet nunca le dejó atrás sino que, confraternizando siempre, le animó para que se lanzase a la literatura, dadas sus condiciones verdaderamente valiosas, como no tardó en acreditar con su delicado libro «Tristeza andaluza». Pero Nicolás María López era tan criticista, tan descontentadizo como nada ambicioso, y más bien le ganaba el abandono que el entusiasmo por menester alguno. Cofrade muy conspicuo del «Avellano», Nicolás María López aparece con el nombre de «Antón del Sauce» en el capítulo «Los trabajos de Pío Cid» que corresponde a la famosa tertulia, y con ese seudónimo de «Antón del Sauce» dio a la imprenta una parte, sólo una parte —como también hizo Navarro Ledesma—, de su acervo epistolar.

También los hermanos Seco de Lucena se comunicaron con Ganivet, siguiéndole con admiración y afecto en sus etapas de Madrid, Amberes, Helgsinfors y Riga. El mayor de esos hermanos, Luis, era el fundador y director de «El Defensor de Granada» a cuyas columnas dio Ganivet las primicias de su literatura. El hermano menor, Francisco, había sido compañero de Ganivet en la Universidad granadina, y prologó «Granada la bella». El contacto, pues, de Ganivet con los Seco de Lucena era muy cordial, y las cartas que así lo manifiestan estaban aún por publicar: no pocas, y todas interesantes. Agrupadas en un volumen acaban de ver la luz, por feliz iniciativa de su actual poseedor, el catedrático de la Universidad de Granada don Luis Seco de Lucena y Paredes, hijo del periodista que con acierto muy singular dirigiera «El Defensor» y sobrino de Francisco, escritor inteligente, de cultivado espíritu que murió siete años después que su entrañable camarada Ganivet.

A cuenta de esta nueva recopilación de cartas de Ganivet, vienen las presentes consideraciones, de carácter informativo más que crítico, puesto que no descubre, sustancialmente, pero confirman y completan cuanto sabíamos acerca del esclarecido ensayista, novelista y poeta fallecido en 1898, para más clara ambientación histórica de su figura. «Juicios de Angel Ganivet sobre su obra literaria» es el título de la obra que comentamos y que el colector de las cartas ganivetianas enriquece con un prólogo en el que Seco de Lucena y Paredes ilustra con nuevas noticias, agudas glosas y oportunos subrayados tan interesante repertorio epistolar.

El profesor Seco de Lucena polariza su atención en diversos aspectos de Ganivet y su obra, desde el punto de vista del pormenor ignorado. Nuevas cartas, escritos inéditos, noticias de la vida íntima de Ganivet, Seco de Lucena y Paredes allega un rico caudal de juicios y de datos. La preocupación por Granada como tema literario, la inquietud por el futuro de la Patria y la consideración en que el autor toma la mal valorada obra poética de Ganivet, son razones temáticas que realzan esta obra especialmente importante para el ganivetiano, pero también para el que no lo sea, porque Ganivet participó, en el grado que fuese, de la vida literaria de Madrid y también de Barcelona, al menos en el ocasional miradero de Sitges donde estuvo en días muy señalados. Por cierto que nos parece oportuno traer a este artículo una referencia de la atención prestada por LA VANGUARDIA al «Idearium español», libro recién aparecido en aquel otoño de 1897 y cuyo autor era un novel que para la mayoría de escritores y periodistas era todavía un desconocido.

«Yo soy un catalán caldongo...», dice Ganivet en unos versos humorísticos que, al cabo, responden a la verdad de la sangre por línea paterna. En carta escrita, desde Barcelona, dice Ganivet a Francisco Seco de Lucena: «Aquí, en Barcelona, el «Idearium» se vende bastante y se discute, según me han dicho algunos amigos. LA VANGUARDIA ha publicado en una plana el final del libro..., y se me considera como semita peligroso. A los catalanistas les ha sentado mal, como todo lo que tienda a definir y afirmar el espíritu español (léase castellano)». No importa, a los efectos del presente artículo, entrar en anacrónico debate. Ganivet llevaba consigo polémicos estímulos. Y lo que merece ser recalcado es el anhelo de integración que Ganivet acusa en otra de sus cartas, alusiva a los amigos de Sitges. «Yo quisiera establecer alguna relación entre este grupo y Granada, y Rusiñol así lo desea y me ha ofrecido que enviarán cuadros a nuestra próxima exposición de pinturas. Cuando vaya ahí y le trates verás qué bella persona es, aparte sus méritos de artista». Tanta impresión causó en Barcelona el «Idearium» que LA VANGUARDIA, muy sensible siempre a las vibraciones del espíritu público y, por tanto, de los gustos literarios, solicitó la colaboración de Ganivet, quien la rehusó, no obstante el halago que de seguro experimentara, porque él «tenía interés por escribir para Granada, con preferencia a Barcelona o Madrid». Es curioso señalar esta reiteración en el localismo de un espíritu abierto a temas universales.

Si «Granada la bella» y «Cartas finlandesas» son libros concebidos para el lector granadino especialmente, «Idearium» lo pensó y realizó Ganivet con vuelo muy superior, por lo que puso en su composición un mayor rigor y elevación de pensamiento, a la vez que más acendrada voluntad de estilo. Hasta entonces, a lo que parece, no había sentido Ganivet el deseo de difundir ampliamente su pensamiento. En una de estas cartas a Francisco Seco de Lucena aboga por que su obra «circule». Para la historia de los libros de Ganivet es decisiva la documentación reunida en el libro que glosamos, más los juicios del profesor Seco de Lucena que en relación con «Hombres del norte», con las dos obras pertenecientes al ciclo de «Pío Cid» y con «El escultor de su alma» consigue muchas precisiones. Es de citar también la puntualización acerca de la obra poética de Ganivet y de los artículos aún no recogidos, alguno tan interesante como el titulado «Nuestro espíritu misterioso», que refleja las ideas que le sugiere el ya consumado desastre el 98. Y no deja de ser significativo el extracto hecho por el propio Ganivet de un estudio del escritor ruso A. Markow sobre el potencial económico de los Estados Unidos. El tema no podía pasarle inadvertido a tan sagaz observador de la vida internacional como Ganivet, preocupado, sin duda, por el contraste entre la enorme potencia norteamericana y nuestro desmedro.

M. FERNANDEZ ALMAGRO
de la Real Academia Española

DIA DEL LIBRO
23 DE ABRIL DE 1963

UNA GRAN OPORTUNIDAD PARA USTED

Obtenga estas grandes novelas, DEDICADAS PERSONALMENTE por sus autores:

Henri-Francois Rey
Premio Interallié
Finalista del Premio Goncourt



LOS ORGANILLOS
175 Ptas.

Concha Alós
Premio Selecciones Lengua Española



LOS ENANOS
150 Ptas.

PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES

Anna Langfus
Premio Goncourt



EQUIPAJE DE ARENA
LA SAL Y EL AZUFRE
150 Ptas. cada uno

Francisco Candel
Premio Selecciones Lengua Española



LOS IMPORTANTES: ELITE
125 Ptas.
DONDE LA CIUDAD CAMBIA SU NOMBRE
90 Ptas.

Solicite a su librero, antes del próximo día 10 de abril, el libro o libros que le interesen, facilitándoles al mismo tiempo su nombre y apellidos, y el Día del Libro podrá retirar su encargo, debidamente dedicado, beneficiándose además del descuento tradicional en esa fecha.

Sr. LIBRERO: Hasta el día 16 de abril admitiremos sus pedidos para esta operación. Le rogamos especifique con toda claridad, junto al título del libro, el nombre del cliente que lo ha solicitado, para que los autores pueden extender la oportuna dedicatoria. Dichos libros le serán servidos en firme, con las condiciones habituales en estas fechas.

PLAZA & JANES, Enrique Granados, 86-88 - Barcelona - 8